

deriva neobarroca: de D'Ors a Sarduy (pasando por Lezama y Paz)», por Fernando R. de la Flor; «La postmodernidad de Julio Cortázar», por Jaime Alazraki; «La Europa caribeñizada de Alejo Carpentier», por Jacques Joset; «Juan Rulfo y su teoría de la novela (una modernidad inasible para la crítica)», por Samuel Gordon; «La actitud paródica de Manuel Puig en *The Buenos Aires Affair*», por Manuel Pérez Saiz; «*Todos los caminos: un libro argentino premiado en España*», por Angela B. Dellepiane; y «Multiplicidad y hallazgo de un ojo posmoderno (*Mujeres de ojos grandes* de Angeles Mastretta)», por Alicia Llarena.

Como se puede apreciar, el espectro es amplio, aunque centrado en este apasionante tema de la modernidad literaria, del que todavía queda mucho por decir.

PALOMA JIMÉNEZ DEL CAMPO
Universidad Complutense

Cobo Borda, Juan Gustavo, *Desocupado lector*. Bogotá, Ediciones Temas de Hoy, 1996, pp. 302.

Si Octavio Paz saludaba, hace ya algún tiempo, la presencia en América de lo que él llama *poetas humanistas*, poetas generadores no sólo de creación sino de reflexión crítica sobre su entorno, Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá, 1948) ocuparía un lugar destacado en la nómina de ejemplos que avalara dicha presencia.

Como poeta —y poeta abundante con ya una nutrida serie de títulos—, Cobo Borda se ha preguntado por las posibilidades de existencia, por las razones de la poesía en países aquejados de males endémicos, *países insuficientes atiborrados de piadosas mentiras*. Y esta cuestión esencial que aparece encarnada en el verso, en su papel de ensayista y crítico, Cobo se la ha planteado igualmente y con similar urgencia. Su escritura diversa, diseminada en artículos, reseñas, comentarios, conferencias, análisis, ha intentado siempre confrontar las utopías americanas, los diversos sueños y concepciones que otros arrojaron sobre América, con la realidad más inmediata.

Considerando que el telón de fondo de la supuesta nacionalidad colombiana y el primer pilar de su historia independiente lo constituyen las sucesivas batallas y guerras civiles, junto con una violencia ya implícita, el intelectual tiene que estar al tanto de todo ello y no olvidar que al *ocaso* postmoderno *de los significados* sólo se puede contestar con una meditación pausada, auténtica y recuperadora.

Bajo la divisa de aquel compatriota de espíritu José Celestino Mutis, guiado por aquella frase suya —*Arraigo en lo nuestro y difusión en el mundo*—, entre las primeras tareas con las que Cobo se propone cumplir está la de no

abandonar al olvido rasgos y escritos, rescatar las voces de autores menos conocidos o notorios, pero con una ideología y un pensamiento dignos de leerse y cosecharse. De José Bianco, Germán Arciniegas, Manuel Mejía Vallejo, Juan Liscano, Salvador Garmendia, Pablo Antonio Cuadra a Jorge Isaacs, José Asunción Silva, Enrique González Martínez o el mismo Darío, Cobo ha insistido en la necesidad de repasar y restablecer una tradición literaria americana, volverla viva en la crítica y unitaria como una constelación. Ése fue el motivo de libros anteriores —*Leyendo América Latina* (1989), *La otra literatura latinoamericana* (1982), *Visiones de América Latina* (1987), *El coloquio americano* (1994), entre otros— y lo es de este reciente *Desocupado lector* (1996), donde las semblanzas del barón y viajero Humboldt, del pintor Alejandro Obregón, del humorista Daniel Samper Pizano o del editor Karl Buchholz —todos ellos figuras profundamente ligadas al buen hacer colombiano contemporáneo— conviven con panorámicas sobre la poesía cubana, sobre la escritura histórica, la literatura femenina —un asunto particularmente tratado por este crítico— o la última literatura argentina, en una feliz y variada mezcla que es otra de las señas de identidad dentro de los trabajos de Cobo Borda.

En él —como en su maestro Sanín Cano de quien hereda este sentido múltiple de la escritura—, ninguna reflexión puede disociarse *de la historia, de las ciencias naturales, de los viajes y de la filosofía*. Y cualquier análisis cultural no puede por menos que hacerse partícipe de diversos frentes, ya sean éstos la proliferación del vallenato en tierras caribe y su influencia en la obra de García Márquez, o el paisaje de Nariño como guía primera para entender la obra del poeta Aurelio Arturo. Su crítica literaria no desperdiciará ni uno solo de los caminos y vías, algunos heterodoxos, o voluntariamente anti-solennes, con los que acercarse a su motivo, no siendo el menor ni el último de ellos un sano humor, una descarada chanza. Ya José Miguel Oviedo había señalado en el ensayo de Cobo su inevitable *intuición* y su volandera gracia, que le permiten transitar territorios prohibidos para la retórica *seria* y de las que da sobradas muestras en numerosos textos. Pero es la suya, por otro lado, una gracia que no le impide echar mano de una documentación profunda y de una sólida y hasta apabullante bibliografía.

Se instala así en la estela de un Borges, un Reyes o un Valencia Goelkel —maestros suyos a los que viene dedicando sendas páginas—, capaces de entablar una red de referencias y *sin eludir el contexto*, iluminarlo en la diversidad de sus perspectivas y enfoques; capaces de plantear, a partir de una simple reseña, todo un análisis en torno a lo literario y a lo americano.

Así, este libro será al mismo tiempo una defensa armada de la reflexión y de la crítica como imprescindibles instrumentos del análisis propio y una llamada de atención sobre la necesidad que el mundo colombiano tiene de ambas. En cierto momento de sus trabajos, Cobo insiste en lo vital que parece para Colombia un diálogo entre lo más cercano y lo más universal, entre lo autóctono y lo ajeno; cómo está falta de interpretaciones, buscándolas pasionalmente, según lo señalaba Germán Arciniegas y cómo le son urgentes estas

visiones globales y matizadas que sólo el hecho artístico puede proporcionarle. En suma, le es preciso ese *sentirse particular pero dentro de un ámbito compartido* que otras tradiciones han alcanzado antes y con más suerte. Juan Gustavo Cobo Borda pretende cooperar en esa dirección, constituyéndose en la prueba de la convivencia de culturas —no de su enfrentamiento— de que hablara André Malraux en *Los Conquistadores*, cuyo testimonio cito aquí, robándoselo a Cobo como cifra y espejo de este libro nuevo, de la armonía de sus intenciones, el accrecamiento en él de hablas, de nombres, de escritos, de espíritus.

América Latina (...) en el momento presente está conciliando, sin la menor lucha, lo que desea recibir del mundo anglosajón y lo que desea recibir del mundo latino. Hay conflictos políticos irreductibles; pero es absolutamente falso que los conflictos entre culturas sean irreductibles por definición.

ESPERANZA LÓPEZ PARADA
Universidad Complutense

Teorías del cuento I. Teorías de los cuentistas. Lauro Zavala (comp.). Textos de Difusión Cultural, Serie El Estudio. Coordinación de Difusión Cultural/ Dirección de Literatura. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2.^a ed., 1995 (1.^a ed. 1993).

Celebramos aquí la reedición del primer volumen de esta serie de cinco tomos en los que Lauro Zavala, uno de los estudiosos mexicanos que más atención presta a la narrativa breve, va a reunir algunas de las más importantes teorías del cuento. La colección va dirigida, en palabras del compilador, a «los lectores del género, a los especialistas, a los creadores, a los aficionados a la brevedad y, sobre todo, a los curiosos».

Este primer tomo recoge los que considera «textos canónicos», así como «otros que aparecen por primera vez en una recopilación de esta naturaleza». Casi todos los materiales escritos en otras lenguas han sido traducidos por primera vez al español para este proyecto, por lo que el primer mérito que se le puede reconocer a la obra es haber hecho accesibles a los hispanohablantes estos testimonios procedentes de antologías anteriores, revistas, periódicos, folletos, estudios, memorias, biografías, prólogos y recopilaciones de diversa naturaleza. Renuncia a recoger entrevistas a escritores, prefiriendo incluir solamente «aquellos textos escritos por sus autores en forma más sistemática». Como toda compilación, los criterios de selección son personales, y hay ausencias y presencias justificadas en el prólogo que no resultan convincentes. Por ejemplo, ha optado por no incluir a los cuentistas mexicanos